

LOS DEMÓCRATAS DESPUÉS DE NOVIEMBRE

¿Fueron las elecciones de noviembre de 2006 una masacre política de proporciones épicas o la pelea por la rutinaria renovación de mitad de mandato? Durante la semana posterior a la victoria demócrata, los analistas de ambos partidos ofrecieron opiniones tan contradictorias como las de los protagonistas de *Rashomon*, la película en la que Kurosawa retrata desde diferentes ángulos una violación y un homicidio. Por el lado liberal, Bob Herbert se congratulaba en su columna en *The New York Times* de que «la anomalía del miedo inducido» de la «era de George Bush» hubiera «exhalado su último suspiro», mientras Paul Waldman (*Baltimore Sun*) anunciaba «un gran paso en la marcha de la nación hacia la izquierda» y George Lakoff (*CommonDreams.org*) celebraba una victoria de «los valores progresistas» y «en cuanto a los hechos concretos, un nuevo marco basado en valores» (sea lo que sea eso)¹. Por el lado conservador, Lawrence Kudlow (*National Review*) se negaba a reconocer siquiera las evidentes manchas de sangre en la escalinata del Congreso: «si tenemos en cuenta la victoria de los sectores conservadores dentro del Blue Dog demócrata (un comité de demócratas conservadores organizado en 1995 como envidiosa emulación de los Republicanos de Gringrich) y la derrota de los sectores liberales del Partido Republicano en el nordeste, el cambio producido en el Congreso podría en realidad ser una victoria conservadora en vez de liberal». William Safire, aunque disgustado porque la «izquierda perdedora» hubiera ganado finalmente unas elecciones, minimizó el resultado como una «perdida normal de mitad de mandato»².

I. LA VICTORIA Y SUS TRIBULACIONES

Pero Safire riza demasiado el rizo. Aunque la victoria demócrata de 2006 no fue el diluvio que desataron los republicanos en 1994, liderados por

¹ Bob Herber, «Ms. Speaker and Oher Trends», *The New York Times*, 9 de noviembre de 2006; Paul Waldman, «A Big Step in Nation's March to Left», *The Baltimore Sun*, 12 de noviembre de 2006; y George Lakoff, «Building on the Progressive Victory», *CommonDreams.org*, 14 de diciembre de 2006.

² Lawrence Kudlow, «Reach Out to the Blue Dogs», *kudlowsmoneypolitics.blogspot.com*, 8 de noviembre de 2006; y William Safire, «After the Thumpin'», *The New York Times*, 9 de noviembre de 2006.

Newt Gingrich, Dick Armey y Tom Delay (ver cuadro 1), no fue en absoluto un resultado «normal». A pesar del bajo relieve electoral de la cuestión económica, el tema clásico de la oposición en las elecciones de renovación de mandato, los demócratas consiguieron invertir la mayoría en la Cámara de Representantes (la mayor masacre republicana desde 1974) y recuperar el Senado por un escaño. De hecho en Vermont, el Senado obtuvo su primer miembro «socialista» declarado con Bernie Sanders, un independiente en las listas de los demócratas.

Por primera vez en la historia los demócratas no perdieron ni un solo puesto ni ninguno de los escaños abiertos de la Cámara de Representantes. Los votantes independientes (26 por 100 del electorado) se decidieron por los demócratas en una proporción casi de dos a uno, «el mayor margen jamás obtenido entre los independientes desde los primeros éxitos electorales de 1976»³. Con el liderazgo femenino más fuerte de toda la historia americana, superaron a los republicanos entre las mujeres en una proporción de 55 a 45 y de forma más sorprendente aún, consiguieron reducir la tradicional ventaja del Partido Republicano entre hombres blancos (un demoledor 63 por 100 en las elecciones de 1994) hasta el 53 por 100⁴. Según el veterano analista Stanley Greenberg, uno de cada cinco votantes de Bush se pasó al bando azul de los demócratas. Pero los resultados más espectaculares se produjeron en el segmento electoral de «hombres privilegiados» (universitarios y sectores acomodados) donde el margen republicano del 14 por 100 en 2004 se transformó en una ligera mayoría demócrata. Aunque la pérdida de votos del núcleo duro de los republicanos (evangelistas y población rural blanca) fue poco importante, el partido de la mayoría moral cayó un 6 por 100 entre los católicos, mientras los hispanos enfadados con el respaldo republicano a las redes de vigilantes y a los muros fronterizos, masacraron a los republicanos en varias circunscripciones del oeste en las que hasta entonces, los resultados habían sido muy igualados⁵.

En las elecciones estatales, los demócratas demostraron aún más empuje. En vísperas electorales, el Partido Republicano se jactaba de su mayoría de gobernadores (28 a 22) y de su ligera ventaja en el control de las cámaras legislativas estatales (49 a 47 con dos empates)⁶. Comparado con el abrumador predominio demócrata en las legislaturas anteriores a 1994, cuando los republicanos controlaban sólo 8 Estados, este equilibrio virtual ha sido para John Hood, presidente de un *think tank* conservador de Carolina del Norte, «una de las consecuencias más significativas y

³ William Schneider, «Swing Time», *National Journal*, 11 de noviembre de 2006.

⁴ Thomas Edsall, «White-Guy Rebellion», *National Journal*, 11 de noviembre de 2006.

⁵ Robert Borosage, James Carville y Stanley Greenberg, *The Meltdown Election. Report on the 2006 Post-Election Surveys*, Democracy Corps, Washington DC, 15 de noviembre de 2006, pp. 2-3.

⁶ Hay 98 cámaras en 50 Estados, pero Nebraska, gracias a George Norris, ha tenido un parlamento unicameral desde 1937.

duraderas de la Revolución Republicana». Pero es un legado que se ha desvanecido (los republicanos sólo estarán en 3 de los 10 Estados más poblados), y con la pérdida de 8 cámaras estatales (ahora 56 demócratas, 41 republicanas y un empate). Hood señala que «lo peor para los republicanos» es que los partidos mayoritarios en las asambleas legislativas estatales serán los que controlen la redistribución de circunscripciones electorales ante el inminente censo de 2010. «Si los demócratas mantienen su impulso actual, el Congreso de Estados Unidos se teñirá más de azul»⁷.

Cuadro 1. 1994 vs. 2006

	Ganancias republicanas 1994	Ganancias demócratas 2006
Cámara de Representantes	54	31
Senado	8	6
Gobernadores	10	6
Asambleas legislativas estatales	20	4
Congresistas estatales	472	320 aprox.

Fuente: T. Storey y N. Moore, «Democrats Deliver a Power Punch», cit.; y J. Hood, «GOP Car Wreck», cit.

Por regiones, los candidatos republicanos fueron diezmados en Nueva Inglaterra, el corazón del Partido Republicano, incluyendo su bastión tradicional de New Hampshire, donde los demócratas se hicieron con la legislatura estatal por primera vez desde la Guerra Civil y en los Estados atlánticos, lo que llevó a un eminente conservador a lamentarse de que «el Partido Republicano está en vías de perder para siempre el noroeste»⁸. Los demócratas también consiguieron sorprendentes avances en el medio oeste y el oeste conservador, sobre todo en Colorado, donde la industria de alta tecnología impulsó un creciente voto hispano⁹. Incluso en el sur los demócratas consiguieron detener el declive que arrastraban desde hace bastante tiempo y ganar 19 escaños en legislaturas estatales. (A pesar del extendido mito del carácter solidamente republicano del sur, los demócratas siguen manteniendo una mayoría del 54 por 100 en los parlamentos sureños.)¹⁰

⁷ John Hood, «GOP Car Wreck», *National Review*, 4 de diciembre de 2006. Los demócratas doblaron el número de estados (de 8 a 16) donde controlan tanto la cámara legislativa como el cargo de gobernador. Véase el análisis de Tim Storey y Nicole Moore, «Democrats Deliver a Power Punch», *State Legislatures* (diciembre de 2006).

⁸ Jonathan Martín, «Damn Yankees», *National Review*, 18 de diciembre de 2006.

⁹ Para una visión histórica de «cómo los millonarios liberales están comprando la política de Colorado», véase John Miller, «The Color Purple», *National Review*, 4 de diciembre de 2006.

¹⁰ T. Storey y N. Moore, «Democrats Deliver a Power Punch», cit.

En Kansas, el Estado que representa para Tom Frank la falsa conciencia de los votantes¹¹, la demócrata Nancy Boyda acabó con el mandato de Jim Ryun (la antigua estrella de las pistas olímpicas) en un distrito electoral para el Congreso en el que Bush había obtenido veinte puntos de ventaja dos años antes. La popular gobernadora demócrata Kathleen Sebelius obtuvo fácilmente la reelección mientras que otros puestos importantes fueron ocupados por antiguos republicanos que se presentaban como demócratas, una sorprendente inversión en la tendencia de las reconversiones políticas. El personaje más relevante de la cultura conservadora, el fanático antiabortista y fiscal general Phil Kline fue pulverizado al recibir apenas una tercera parte de los votos en las suscripciones tradicionalmente conservadoras de Kansas City (Johnson County)¹². Nada parecía especialmente «mal» en Kansas en otoño de 2006.

Tales resultados refutan claramente la leyenda de imbatibilidad que se había tejido alrededor de la estrategia de Karl Rove, basada en una intensa movilización de las bases (normalmente estimulada por la histeria respecto a algún valor cristiano en peligro) y en la masiva publicidad negativa (normalmente dirigida a extender alguna mentira o calumnia contra la oposición). De acuerdo con Stanley Greenberg, «el Partido Republicano ha terminado ofreciendo la imagen más negativa que podemos recordar, peor aún que la que ofreció con el Watergate». Pero los análisis electorales demócratas (realizados con la colaboración de Robert Borosage y James Carville) demostraban claramente que las pérdidas republicanas no son necesariamente ganancias demócratas. «El Partido Demócrata también acabó estas elecciones ofreciendo una imagen más negativa que en 2004 [...] los demócratas sólo obtienen avances modestos, y menos del 50 por 100 de los votantes los asocian con conceptos claves como «estar de tu parte», «tener visión de futuro» y «cuidar de las familias»¹³.

Thomas Edsall opina que «los triunfos demócratas son frágiles» y advierte que se basan «más en la insatisfacción extendida por la guerra de Iraq que en un cambio ideológico como el que produjo los auges republicanos de

¹¹ El brillante e influyente libro de Frank, *What's the Matter with Kansas?* (2004), retrata a una clase blanca trabajadora que ha renunciado a cualquier cálculo racional de sus intereses económicos a cambio de una ira cultural desesperada y manipulada. Como muchos otros progresistas, pide a los demócratas que opongan al populismo cultural de Karl Rove su propio populismo económico. Mi crítica de su texto «What's wrong with America?» (preparado para un debate celebrado en la UCLA) aparece en *In Praise of Barbarians. Essays against empire*, Chicago, 2007.

¹² Peter Slevin, «Trounced at Polls, Kansas GOP Is Still Plagued by Infighting», *The Washington Post*, 30 de diciembre de 2006. Slevin afirma que las batallas culturales, sobre todo la teoría de la evolución y el aborto, pueden haber dividido tal vez irremediablemente al Partido Republicano en Kansas.

¹³ R. Borosage, J. Carville y S. Greenberg, *The Meltdown Election. Report on the 2006 Post-Election Surveys*, cit. El analista republicano Frank Luntz se muestra de acuerdo con Greenberg: «Gran parte de los resultados fueron una declaración de desencanto ante el liderazgo republicano, más que un apoyo a la alternativa demócrata. La elección fue un referéndum sobre el Partido Republicano». T. Storey y N. Moore, «Democrats Deliver a Power Punch», cit.

1980 y 1994»¹⁴. El nivel de militancia alcanza un equilibrio que no se producía desde finales del siglo XIX (38 por 100 demócrata contra 37 por 100 republicano), y el control de la Cámara de Representantes se decide por las oscilaciones de unos pocos puntos, lo que se debe a que los republicanos han sido hábiles a la hora de zanjar las polémicas redistribuciones de los distritos electorales para las elecciones de medio mandato, una operación que les han servido para ganar poder¹⁵.

Cuadro 2. Porcentaje de voto popular en las elecciones a la Cámara de Representantes

	Republicano	Demócrata
2000	48	48
2002	51	46
2004	50	47
2006	46	52

Fuente: Charlie Cook, «Rebalancing Act», *National Journal*, 2 de diciembre de 2006.

Sin embargo, entre los vencedores no hay consenso en cuanto a la dirección que debe tomar su partido. A diferencia de 1994, cuando el Partido Republicano estaba unido con entusiasmo alrededor de su programa de la «revolución en el Congreso», los ideólogos demócratas de finales de 2006 se encuentran muy divididos. Mientras los progresistas como Ezra Klein (*The American Prospect*) temían que los Blue Dogs se dispusieran a «expulsar a los liberales de las salas de poder», Christopher Hayes (*Nation*) aplaudía el «nuevo populismo demócrata» y Michael Tomasky (editor de *The American Prospect*) afirmaba que el partido se estaba moviendo de manera inteligente hacia la izquierda y hacia el centro a la vez, («el partido ha conseguido mantener su coalición de centro-izquierda y hacer que las diferencias entre las dos tendencias sean menos importantes») ¹⁶. Hillary Clinton y su coro de aduladores presumían del milagro del «centro vital y dinámico», mientras otros demócratas más pesimistas se mostraban de acuerdo con la sarcástica predicción de Safire de que el partido se dirigía hacia la guerra civil.

En cualquier caso, los demócratas dirigidos por la presidenta de la Cámara de Representantes, Nancy Pelosi, el líder de la mayoría Steny Hoyer y el líder de la mayoría en el Senado Harry Reid tienen dos años para con-

¹⁴ Th. Edsall, «White-Guy Rebellion», cit.

¹⁵ La distribución de los escaños del Senado, en el que Wyoming con menos de 500.000 personas tiene la misma representación que California con casi 35 millones, supone para los republicanos (dominantes en las zonas rurales menos pobladas) una ventaja importante.

¹⁶ Ezra Klein, «Spinned Right», *American Prospect online*, 8 de noviembre de 2006, Christopher Hayes, «The New Democratic Populism», *The Nation*, 4 de diciembre de 2006 y Michael Tomasky, «Dems put the “big tent” back together», *Los Angeles Times*, 12 de noviembre de 2006.

solidar sus ganancias electorales y armar con eficacia a Hillary Clinton para una batalla muy dura contra John McCain o Rudy Giuliani en 2008¹⁷. (Ninguno de los dos recientes fenómenos, el republicano Mitt Romney y el demócrata Barack Obama tienen posibilidades de sobrevivir a la brutal criba de las primarias, aunque ambos podrían ser reciclados para la vicepresidencia)¹⁸. El 110º Congreso ofrecerá a los demócratas una oportunidad extraordinaria para combatir los programas reaccionarios implantados en 1994 por la «Revolución Republicana» y en 2001 y 2002 por la «Guerra contra el Terrorismo». Sin embargo, los demócratas estarán divididos entre dos imperativos categóricos: por un lado, intentar que con George Bush se hundan el mayor número posible de republicanos y, por otro, reclamar el místico «centro» y el apoyo de los grupos de presión corporativos. Si nos guiamos por el pasado reciente, una política demócrata realmente populista e ideológicamente combativa es totalmente incompatible con el proyecto de Clinton de convertir a los demócratas en los representantes más cualificados de la economía basada en el conocimiento y la globalización.

La cruzada populista e inclusive centrista que la nueva mayoría demócrata ha enarbolado, se pondrá a prueba cuando se tenga que enfrentar con la cruda realidad de los cuatro grandes temas que dominarán de forma inevitable el nuevo Congreso: (1) el fracaso en Iraq y la Guerra contra el Terrorismo; (2) el legado de corrupción republicana en el Congreso y los fraudes corporativos; (3) las urgentes necesidades sociales no atendidas (incluyendo la reconstrucción de la Costa del Golfo) en el contexto del enorme déficit provocado por Bush y (4) la creciente preocupación por los costes sociales de la globalización económica. En cada uno de ellos, las esperanzas de los votantes de noviembre pasado de conseguir que se produzcan cambios reales en Washington serán probablemente defraudadas por los imperativos de conseguir la elección de Hillary y satisfacer los grandes negocios.

II. ¿UNA GUERRA MENOR O MAYOR?

A diferencia de las elecciones presidenciales de 2004 y la polémica sobre la importancia de los «valores de los votantes», en noviembre de 2006 no

¹⁷ La insatisfacción de los votantes independientes con Bush dio alas a McCain y a Giuliani, considerados los únicos republicanos que podrían triunfar en ese segmento del electorado, pero lo más importante, incrementó el valor de futuro de «Terminator». El gobernador de California Arnold Schwarzenegger, cuya fortuna política se derrumbó en 2005 tras un desastroso mandato como republicano conservador, ha resucitado de entre los muertos en una nueva y popular encarnación, como pródigo demócrata. Sus mentores consideran ahora mismo la posibilidad de una enmienda constitucional que permita al actor nacido en el extranjero presentarse a las elecciones presidenciales de 2012.

¹⁸ Una encuesta de opinión de la CNN sobre a quién *no* querían los votantes como candidato de su partido, daba un 50 por 100 a Mitt Romney entre los republicanos (sólo detrás del retirado líder de la mayoría en el Senado Bill Frist) y un 38 por 100 a Barack Obama entre los demócratas (por detrás de Al Gore y el desafortunado John Kerry). Véase «Poll Track», *National Journal*, 2 de diciembre de 2006.

ha habido ninguna duda sobre cuál ha sido la cuestión clave que ha movilizó a la mayoría de los electores. Con la economía renqueante todavía animada por la burbuja inmobiliaria (aunque una recesión inducida por el sector inmobiliario podría no estar lejana), y al no haber provocado grandes respuestas el azote a mexicanos y homosexuales, el tema crucial fue la derrota en ciernes de la intervención en Iraq.

Seis de cada diez votantes manifestaban a los encuestadores que desaprobaban la gestión de Bush en la guerra, la espiral de matanzas en Bagdad y la parálisis de la Casa Blanca, y que habían votado en consecuencia. Los editoriales y las encuestas de opinión coincidían en que Iraq era la palanca de Arquímedes que había lanzado a los votantes independientes de forma tan masiva hacia la opción demócrata¹⁹. Mientras tanto los ideólogos conservadores y los grupos de presión veían consternados cómo sus planes nacionales eran trastocados por el monstruoso «Frankenstein» de Iraq²⁰. Incluso el electorado militar, un «coto exclusivamente reservado al Partido Republicano» (como lo denomina la columnista Roas Brooks), ha comenzado a dar muestras de rebeldía: las encuestas del *Military Times* muestran que el porcentaje de soldados que se identifican como republicanos ha descendido desde el 60 por 100 en 2004 al 46 por 100 a finales de 2006. Sólo algo más de la tercera parte de los militares aprueba la forma en que Bush dirige la guerra²¹.

Cuadro 3. Prioridades de los votantes

	Demócratas	%	Independientes	%	Republicanos	%
1	Guerra en Iraq	61	Guerra en Iraq	52	Guerra en Iraq	38
2.	Economía	19	Economía	18	Precio del petróleo	20
3.	Sanidad y precio del petróleo	18	Sanidad y precio del petróleo	14	Inmigración	19
4.	Crisis energética	10	Crisis energética	13	Terrorismo	18
5.	Ayuda a catástrofes	10	Inmigración	9	Seguridad nacional	12

A los votantes se les preguntaba cuáles deberían ser las prioridades principales del presidente.

Fuente. Encuesta Gallup, 28-31 agosto de de 2006, citado en Jeffrey Jones, «Iraq War Dominates as Americans», Gallup Organization, Princeton, 8 de septiembre de 2006.

¹⁹ William Schneider estaba fascinado por la correlación numérica casi exacta en cada región entre los que desaprobaban la guerra y los que desaprobaban al presidente: «Swing Time». Charlie Cook, otro conocido analista, concedía a Iraq el 70 por 100 de la influencia en el cambio de republicano a demócrata en la nación, «The War's Wave», *National Journal*, 11 de noviembre de 2006.

²⁰ Véase Bara Vaida y Neil Munro, «Reversal of Fortunes», *National Journal*, 11 de noviembre de 2006.

²¹ Como destaca Brooks, la agresiva republicanización del ejército profesional es un fenómeno relativamente reciente (desde Reagan y la Segunda Guerra Fría), que ha sido reforzado por una política republicana que ha trasladado las bases militares y programas de entrena-

Tras doce años de arrogante mayoría en el Congreso, el Partido Republicano ha tropezado con las contradicciones del nuevo imperialismo. O tal vez no. Resulta una ironía que el voto contrario a la guerra haya aupado a unos demócratas que realmente no tienen la responsabilidad actual de detener la bárbara ocupación estadounidense. Poco después de las elecciones, Tom Hayden alabó a los grupos de ciudadanos de Chicago y otros lugares que habían luchado por convertir las elecciones en un plebiscito sobre una guerra cada vez más impopular, pero advirtió que «ningún partido está preparado para aceptar que la guerra es una causa perdida» y que el informe del Grupo de Estudios sobre Iraq ofrecería a los líderes demócratas una base común, junto a los congresistas republicanos, para «eliminar» la opción de una «retirada inmediata»²².

A pesar de la opinión pública mayoritaria de que el conflicto de Iraq es una «mala guerra» y de que las tropas deberían regresar a casa, la actual estrategia demócrata es la de cuestionar desde la barrera la desastrosa política de Bush, mientras se evita cualquier paso decisivo para terminar realmente con la ocupación. De hecho, desde el punto de vista del frío cálculo político, los demócratas no tienen más interés en ayudar a Bush a salir del marasmo de Iraq que el que Bush ha demostrado por capturar o matar a Osama bin Laden. Por lo tanto, como señalaba recientemente *Los Angeles Times*, «Pelosi y los demócratas no tienen planes espectaculares para influir en el curso de la guerra»²³. El presidente del Comité Nacional Demócrata Howard Dean, quien al principio se presentó como la encarnación del movimiento contrario a la guerra, advierte ahora que lo máximo que puede esperar la opinión pública de la nueva mayoría es que imponga «cierto freno al presidente»²⁴. Asimismo Pelosi ha renunciado desde el primer momento a una auténtica influencia sobre la política bélica de la Casa Blanca: «seremos previsores. No cortaremos la financiación»²⁵.

La verdadera oposición a la guerra (dejando a un lado la publicitada postura de John Murtha) ha procedido de las filas del Comité Negro del Partido Demócrata, cuyos miembros, entre los que figuran John Lewis, Charles Rangel y Barbara Lee, son también los principales promotores del recientemente creado Comité por la Retirada de Iraq, presidido por el elocuente Maxine Waters de Los Angeles. La clara coincidencia entre el co-

miento de oficiales a los Estados más conservadores. Rosa Brooks, «Weaning the military from the GOP», *Los Angeles Times*, 5 de enero de 2007.

²² Tom Hayden, «Election Interpretation», notas a su clase en Pitzer College, 9 de noviembre de 2006.

²³ Noam Levey, «Democracy To-Do List is Modest at Outset», *Los Angeles Times*, 2 de enero de 2007.

²⁴ William Schneider, «Warring Sects», *National Journal*, 18 de noviembre de 2006.

²⁵ Levey, «Democracy To-Do List». Pelosi recoge la opinión del principal ideólogo del Consejo de Dirección Demócrata, Will Marshall, de que «los que conocen la historia (por ejemplo, Vietnam) preferirán no intentar influir en la política sobre Iraq mediante la reducción de fondos, por ejemplo». James Kitfield, «Next Steps in Iraq», *National Journal*, 11 de noviembre de 2006.

mité antibelicista (que incluye también unos diez representantes hispanos liderados por José Serrano de Nueva York) y los miembros del Congreso más decididamente comprometidos con los programas sociales urbanos, expresa una tendencia política fundamental que los medios han pasado por alto: la extendida opinión en las comunidades de color de que las intervenciones en Iraq y Afganistán (que cuestan más de 2.000 millones de dólares por semana) están desviando recursos fundamentales para las necesidades humanas en zonas y barrios pobres, al tiempo que dejan a las comunidades inmigrantes bajo la sospecha de deslealtad.

Esta nueva ecuación entre necesidades humanas, derechos civiles de los inmigrantes y antiimperialismo, podría convertirse en un poderoso programa alternativo para la política estadounidense si se viera reforzado por un enraizado activismo y una movilización consistente. Pero ése es el dilema. Aunque el Comité por la Retirada de Iraq haya crecido hasta los 74 miembros (más de una quinta parte de los representantes demócratas en la Cámara) en vísperas de las elecciones de noviembre, su alcance queda notablemente disminuido por la ausencia de un movimiento nacional contrario a la guerra, así como por la renuncia de los principales sindicatos progresistas como SEIU, HERE-UNITE y AFT a convertir la retirada en una prioridad política.

Cuadro 4. Afiliación de los congresistas demócratas a comités ideológicos

De izquierda		De derecha	
Comité Progresista	70	Nueva Coalición Demócrata	60
Comité Negro	43	Coalición Blue dog	44
Comité por la Retirada de Iraq	74	Demócratas por la Vida	32

Algunas comisiones se solapan.

Fuente: «Democrats to Watch», *National Journal*, 18 de noviembre 2006, pp. 23-26.

La paradoja crucial que definía el panorama electoral de noviembre, era la existencia de un fuerte sentimiento contrario a la guerra sin un movimiento visible contra ella. A diferencia de 1968 y 1972 (o incluso 1916 y 1938) la oposición de los votantes a la intervención en tierras lejanas no estuvo animada por un movimiento organizado, capaz de poner en apuros a los políticos o de vincular la oposición a la guerra con una crítica más profunda de la política exterior (en este caso la Guerra contra el Terrorismo). El amplio y espontáneo movimiento antibelicista del invierno de 2003, cuya energía llenó el vacío de la oposición demócrata a la invasión de Bush, fue primero absorbido por la campaña de Dean en la primavera de 2004 y políticamente disuelto después por la candidatura de Kerry. La Convención Demócrata de 2004, que debía ser un foro para ataques generalizados contra la política exterior e interior de los republicanos, se transformó en una lamentable celebración patriótica de John Kerry como Rambo de la élite bostoniana.

Aunque muchos activistas esperaban el resurgir de un movimiento autónomo pacifista a partir de las ruinas de la campaña de Kerry, sólo se han producido algunos focos aislados de protesta continuada. Una de las principales tareas de Howard Dean en su presidencia demócrata (y la principal razón de su elección) fue la de inmovilizar las fuerzas antibelicistas bajo una difusa e hipócrita coalición de «Todos Contra Bush». Al convertir a Bush y a sus padres políticos Cheney y Rumsfeld en los temas principales, los demócratas han evitado sibilamente un auténtico debate sobre Iraq. Los líderes demócratas pueden denostar al presidente por el caos en Bagdad, pero ninguno de ellos ha ofrecido una crítica por la responsabilidad de Estados Unidos en la profunda anarquía en la que se está hundiendo un amplio conjunto de países desde Pakistán a Sudán. No ha habido debate alguno sobre la luz verde de la Administración de Bush a la masacre israelí de civiles libaneses o, más recientemente, del siniestro papel de la CIA al instigar la invasión de Somalia por Etiopía y los ataques aéreos estadounidenses. Mientras tanto la derecha israelí sabe que Hillary Clinton proporcionará un apoyo tan intransigente a su política en Gaza y en Cisjordania, como lo haría cualquier fundamentalista de Texas esperando ansioso el Apocalipsis.

Lo cierto es que los líderes demócratas, con excepción del Comité Negro y de algunas notables voces aisladas, han explotado el resentimiento nacional contra la política de Bush en Iraq para *consolidar*, no para minar, el consenso subyacente en Washington sobre la Guerra contra el Terrorismo. Mientras que un movimiento nacional de carácter pacifista habría vinculado posiblemente el Apocalipsis de Iraq con la inminente catástrofe en Afganistán y la nueva guerra regional en el cuerno de África, la plataforma demócrata, por el contrario, reafirmó su compromiso con la guerra contra los islamistas como parte de un programa más amplio para *expandir*, no reducir, la lucha contra la insurgencia a escala global. «Traed las tropas a casa ya» no era una reivindicación demócrata, pero la duplicación del tamaño de las Fuerzas Especiales «para destruir redes terroristas» y el incremento del gasto en antiterrorismo nacional son piezas centrales de su «Nueva Dirección para América» (una colección de lemas y frases que recuerdan lejanamente el sólido «Contrato con América» de Gingrich en 1994)²⁶.

Del mismo modo, la dirección demócrata ha evitado deliberadamente el debate sobre las implicaciones constitucionales de la Patriot Act; ningún demócrata significativo ha propuesto la retirada de los poderes totalitarios reclamados por el presidente desde el 11-S. De hecho Hillary Clinton ha señalado que está a favor de los encarcelamientos sin juicio o incluso del uso de la tortura en ciertas circunstancias. La portavoz Pelosi, mientras tan-

²⁶ Cuando el *National Journal* preguntó a Ike Skelton, del Comité de Fuerzas Armadas sobre sus prioridades, respondió: «¿Tienen buenos equipos? ¿Tienen chalecos antibalas? La infantería y las Fuerzas Especiales necesitan ser más numerosas, tener mejor entrenamiento y estar mejor equipadas». «Democrats to Watch».

to, ha subrayado que los objetivos demócratas en el 110º Congreso serán, en primer lugar, recolectar los sencillos frutos de las reformas generales (salario mínimo, recetas, becas a estudiantes etc.), y luego pasar rápidamente a una «agenda de innovación» para las industrias de alta tecnología. Los debates sobre política exterior en el Congreso, gracias a la dura oposición de más de cien Nuevos Demócratas y Blue Dogs, no llegarán más allá de las conclusiones del Plan Baker-Hamilton o de cualquier nueva estrategia coercitiva para la autoliquidación nacional palestina que proponga Condoleezza Rice, y que serán asumidas por ambos partidos.

¿Qué ha ganado entonces el voto antibelicista? La conclusión es que la desilusión pública con la política mesiánica de los neoconservadores ha allanado el camino a una restauración «realista», bajo el amparo del plan Baker-Hamilton, que reconcilie los conceptos de política exterior de Bush padre y Clinton. El baño de sangre en Iraq ha abierto los sarcófagos del Potomac dejando al descubierto un pálido ejército de viejos secretarios de Estado y asesores de seguridad nacional (Scowcroft, Eagleburger, Brzezinski y, por supuesto, la momia principal, el propio Kissinger), ávidos de dar lecciones al Congreso sobre la forma «racional» de imponer la voluntad de Estados Unidos al resto del mundo. Naturalmente, Hillary Clinton es la reina de los realistas en lo que a la política exterior estadounidense se refiere (excepto cuando ésta entra en conflicto con los intereses israelíes), y no es probable que la nueva mayoría demócrata en el Congreso se aleje demasiado del guión ya previsto para su campaña de 2008. En futuros debates con Rudy Giuliani o John McCain (quien recientemente se ha autoproclamado salvador de la «victoria» en Iraq), Hillary se dispone a ser una musculosa recluta Jane que supere cualquier gesto de los hombres con propuestas aún más duras sobre Al-Qaeda, Palestina o Cuba.

La única posibilidad de que los demócratas en el Congreso, con el Comité Negro y sus aliados pidiesen la retirada, sería que fueran desbordados por el descontento de la opinión pública, a medida que la insurgencia y la guerra civil en Iraq continúen agotando los recursos de la ocupación. En un desesperado intento por apaciguar a los suníes y defender una zona controlada en Bagdad, la Administración de Bush valora en este momento una ofensiva abierta contra las milicias de Muqtada al-Sadr. Una nueva guerra con el ejército Madi (mucho más numeroso y mejor entrenado desde sus primeras batallas con tropas americanas en 2004) abriría otra caja de Pandora, en la que se arriesgaría un número insostenible de bajas estadounidenses y una respuesta explosiva de todo el mundo chií. (Los inevitables ataques aéreos sobre Sadr City producirían macabras escenas que recordarían a los bombardeos aéreos israelíes sobre el sur de Beirut.)

Si Condoleezza Rice y Robert Gates apoyan esta última escalada tendrán la oportunidad de ganarse a algunos demócratas belicistas (aunque sin duda perderán a algunos notables republicanos). El líder del Senado Harry Reid ya ha puesto de manifiesto su tremenda confusión al apoyar y rectificar rápidamente después su apoyo a la propuesta de enviar 35.000

soldados más a Bagdad. En el Senado, el halcón Joe Lieberman, reelegido como independiente tras su retirada en las primarias demócratas, será un sólido defensor de la escalada. En estos momentos Pelosi se plantea rechazar la concesión de nuevos fondos para el contingente de la escalada, pero no llegará a cuestionar la financiación de las tropas ya enviadas.

Lo que Pelosi y Reid decidan finalmente, y su grado de compromiso con la «retirada escalonada» que proponían en los seis puntos de su programa de noviembre, será decidido en gran parte por el resurgir o no del movimiento contra la guerra. Los votantes de noviembre pasado mostraban menos dudas que sus candidatos sobre la falta de esperanza de la situación (según las encuestas de opinión, «sólo uno de cada cinco votantes cree que el presidente o los demócratas tienen un plan claro para Iraq»)²⁷, y la opinión pública podría encontrar alternativas explosivas frente a un Congreso impotente. De hecho sólo las protestas masivas, no constreñidas por la *realpolitik* de Howard Dean y de MoveOn.org, pueden decantar el equilibrio de poder en el Congreso hacia un debate decisivo sobre la retirada.

III. LOS LÍMITES DE LA INVESTIGACIÓN

Uno de los detalles más curiosos de las elecciones de noviembre fue la elección de Nick Lampson para el viejo escaño de Tom DeLay en el distrito 22 de Texas. Lampson, un profesor de colegio que fue anteriormente congresista demócrata por Galveston, fue una de las víctimas principales de la infame redistribución en 2003, de los distritos electorales de Texas: una «cacicada» que fue posible por las masivas e ilegales donaciones empresariales que el líder de la mayoría en el Congreso trasvasó para obtener una mayoría republicana en la asamblea legislativa de Texas. Gracias al valor de un jurado local y a Ronnie Earle, fiscal de distrito del Travis County, DeLay fue condenado por perjurio en septiembre de 2005 y poco después, tras la investigación federal por sus vínculos con el corrupto *lobby* de Jack Abramoff, se vio obligado a dimitir de la presidencia y a abandonar su escaño.

DeLay ha sido el Robespierre de la «Revolución Republicana» de 1994 y tal vez el cruzado más despiadado del gobierno monocolor de toda la historia de los Estados Unidos. Cofundador del llamado «Proyecto de la Calle K»²⁸, junto con Rick Santorum y Grover Norquist, era famoso por ob-

²⁷ Datos del Pew Research Center citados en «The Price of Patience» de William Schneider, *National Journal*, 2 de diciembre de 2006.

²⁸ «K Street», así llamado por la dirección de las oficinas de muchos grupos de presión, es la puerta giratoria que convierte a los antiguos miembros del Congreso (sobre todo presidentes de comité) y sus colaboradores en *lobbistas* bien pagados por industrias farmacéuticas, petrolíferas, agentes de bolsa y dictadores extranjeros. Aunque los libros de texto todavía no reconocen su gran importancia «la Calle K» es realmente el cuarto poder financiero del gobierno de los Estados Unidos.

tener mediante coacciones inmensas contribuciones a las campañas por parte de los *lobbies*, a cambio de permitirles redactar directamente los proyectos legislativos de los republicanos. Como líder de la mayoría o «Martillo de la mayoría», como era conocido tanto por los republicanos como por los demócratas, impuso una disciplina ideológica sin precedentes en el Partido Republicano (llegando a desafiar una propuesta de la Casa Blanca para aliviar ligeramente la presión fiscal sobre familias con bajos ingresos), mientras azotaba cualquier vestigio de política social. En colaboración con el infame Abramoff, fue también el abogado de las propuestas más ruines del Capitolio, desde el apoyo al trabajo sin protección en el paraíso de los talleres de trabajo superexplotado de las Marianas del Norte (territorio de los Estados Unidos no protegido por las leyes laborales estadounidenses), a los favores secretos a una gran corporación rusa que como contrapartida proporcionaba fondos a sus causas²⁹.

Tras más de una década de ser arrollados por la apisonadora de la corrupta campaña de financiación de DeLay (con Karl Rove como conductor que desaparece tras el atropello), los demócratas tienen ahora la oportunidad de comenzar a deshacer la Revolución Republicana, esto es, de atajar los flujos corruptos de poder y dinero personificados por DeLay y el Proyecto de la Calle K. El Congreso, naturalmente, siempre ha sido permeable a la estrategia de «pagar para jugar» y a la concesión de prebendas a los políticos por los grupos de presión para que legislen en uno u otro sentido, pero hasta 1994 los republicanos nunca habían presionado tan activamente para imponerse como el partido ineludible para establecer esos acuerdos, en vez de ser simplemente el partido habitual de los sectores empresariales. (Esto, en parte, fue una reacción a los éxitos demócratas al conseguir el apoyo de nuevos sectores económicos como el cine, los medios de comunicación, los fabricantes de software, las empresas de biotecnología o las de los juegos de azar.)

La buena noticia de la victoria de noviembre es que numerosos veteranos demócratas liberales, como Charles Rangel (Formas y Medios), Barney Frank (Servicios Financieros), Henry Waxman (Reforma gubernamental), David Obey (Expropiaciones), Ike Skelton (Fuerzas Armadas), y John Rockefeller IV (Comité de inteligencia del Senado), usarán sus presidencias tan arduamente ganadas, para organizar un barrido inquisitorial de la inmensa corrupción de los años de DeLay. Con el poder de citación finalmente en manos de la oposición, el entramado de intereses que domina la Administración de Bush tendrá que enfrentarse a las investigaciones que consiguieron eludir tras el escándalo de Enron. De hecho, a medida que los esqueletos vayan saliendo tambaleándose del armario republicano, y la opinión pública comprenda la inmensa magnitud de mentiras y estafas que han producido la invasión de Iraq, la falta de reconstrucción

²⁹ Véase Lou Dubose y Jan Reid, *The Hammer. Tom Delay, God, Money and the Rise of the Republican Congress*, Nueva York, 2004.

de Nueva Orleans, los fraudes de «seguridad nacional» como el programa Escudo de la Biosfera, y los subsidios a las compañías de seguros, farmacéuticas y petrolíferas, los votantes respaldarán abrumadoramente un nuevo régimen de planificación gubernamental, una renovación de la legislación medioambiental, de sanidad y seguridad, así como una verdadera reforma de la financiación de las campañas.

Esta es la verdadera oportunidad que los demócratas podrían aprovechar en teoría, pero es poco probable que su dirección permita que las investigaciones en el Congreso sigan el rastro del dinero y de la corrupción hasta sus orígenes. Las esperanzas progresistas de que el Congreso pudiera regresar a los tiempos heroicos de las investigaciones antimonopolio de Thurman Arnold a finales de la década de 1930, o al desenmascaramiento por parte del Comité Watergate de las ilegalidades republicanas en la década de 1970, parecen vanas ante la insistencia de Pelosi de atar corto a los perros de presa demócratas en aras de un supuesto «centrismo». Pelosi ya ha conseguido someter a un humillante juramento de lealtad a los dos veteranos demócratas negros que parecían más dispuestos, obligando a John Conyers, presidente del Comité Judicial, a renunciar a su inclinación por las citas («el país no quiere ni necesita gobiernos paralizados», dijo recientemente) y haciendo que Charles Rangel, el más fiero adversario de Dick Cheney en el Congreso, recite un par de estrofas del guión que le será impuesto por el partido («Tengo que asumir una visión de liderazgo», prometió)³⁰. De forma más maquiavélica aún ha colocado a Henry Waxman, «enemigo número uno de la Casa Blanca», para que compruebe, en palabras del analista Brian Friel, que la falta de vigilancia desplegada por el Congreso «no haga a los demócratas culpables de obstruccionismo y extremismo en el próximo ciclo electoral»³¹.

En ausencia de una presión continua por parte de grupos sindicales y ecologistas es poco probable que los demócratas causen molestias a las grandes empresas, a las cuales están deseando atraer y sustraer de su apoyo a los republicanos. Sin duda harán algo con Haliburton y los contratos fraudulentos en Iraq, y tal vez el juicio por perjurio contra Scooter Libby (jefe de gabinete de Cheney) se vea aderezado con nuevas revelaciones, de Rockefeller y su Comité de Inteligencia respecto a las mentiras de la Administración y las pruebas manipuladas que han llevado hasta Bagdad; pero la ampliación de este círculo de revelaciones tropezará con una fuerte resistencia, no sólo por parte de los republicanos que intentarán salvarse, sino de los demócratas que procurarán proteger sus renovados vínculos con los mismos grupos corporativos que se encuentran en el núcleo de la corrupción y de los escándalos. La oportunidad de poner al descubierto y reformar será combatida a cada paso por la tentación de

³⁰ Richard Cohen, David Baumann y Kirk Victor, «Going Blue», *National Journal*, 11 de noviembre de 2006, p.16; y «Democrats to Watch».

³¹ Brian Friel, «Junkyard Dogs, on a Leash», *National Journal*, 11 de noviembre de 2006.

cerrar tratos y recoger contribuciones electorales. Como afirma *The Economist* de manera cínica pero aguda, «los nuevos congresistas no se ven a así mismos como revolucionarios. Después de todo su objetivo no es implantar un programa concreto sino preparar el terreno para las elecciones presidenciales de 2008»³².

Como las corporaciones temen el poder de citación en manos de Rangel y Waxman (si bien restringido por Pelosi), buscarán refugio felizmente en los comités de campaña demócratas. La fusión entre la América corporativa y el Partido Republicano parece menos permanente e inmutable que hace un año, y como predijo *Business Week* poco después de las elecciones, «las compañías harán cola para reunirse en grupos de presión con credenciales demócratas»³³. Por su parte la dirección demócrata busca dinero descaradamente. El próximo ciclo electoral será el más caro de la historia, y es improbable que Hillary Clinton decida orientar los debates en el Congreso hacia los crímenes de las industrias farmacéuticas, petrolíferas y armamentísticas que podrían pasarle factura en 2008. Desde una perspectiva estratégica tiene más sentido para los demócratas concentrar los debates sobre un puñado de villanos de la Administración, mientras calladamente reconstruyen la paridad de representación en la Calle K, donde muchos ejecutivos se congratulan de su reciente liberación de las garras de DeLay, la malvada bruja de Texas.

Tal y como expone *Business Week* para tranquilizar a los lectores inquietos, cualquier tendencia hacia excesos populistas en el nuevo Congreso será contrarrestada desde las propias filas demócratas por millonarios, abogados corporativistas y empresas de alta tecnología, sobre todo de la Nueva Coalición Demócrata (el grupo en la Cámara del Democratic Leadership Council*) presidida por la congresista Ellen Tauscher de California. «En un Congreso demócrata tan dividido, el grupo de 40 moderados de Tauscher influirá de forma extraordinaria en las políticas fiscales, comerciales y presupuestarias». Es más, los altos directivos que estén preocupados por las posibles investigaciones y las compañías que temen perder sus lucrativos contratos con el gobierno, siempre podrán acudir a la nueva revelación de la Calle K, George Crawford, quien como anterior jefe de personal de Nancy Pelosi, se ha situado como la persona con la que hay que hablar en Washington para cualquier asunto. «En los últimos

³² «Old dogs, few tricks», *The Economist*, 11 de noviembre de 2006.

³³ Richard Dunham y Eamon Javers, «The Politics of Change», *Business Week*, 20 de noviembre de 2006.

* El Democratic Leadership Council es una organización sin ánimo que sostiene que el Partido Demócrata debe abandonar sus tradicionales posiciones populistas y optar por políticas moderadas y conservadoras centristas como respuesta a las aplastantes victorias cosechadas por Ronald Reagan frente al candidato demócrata Walter Mondale en las elecciones presidenciales de 1984. El DLC alaba al presidente Clinton como prueba de la viabilidad de una Tercera Vía y como una estrategia coronada por el éxito; véase, <http://www.ndol.org/>. [N. del T.]

meses», revela *Business Week*, «ha añadido a la Exxon Mobil Corp. y Amgen Inc. a su cartera de clientes»³⁴.

Pero al margen de la aceptada regulación de las «100 horas», pocas de las reformas que han atraído votos progresistas para los demócratas, tienen probabilidades de abrirse paso en medio de la inminente lluvia de fondos donados por los *lobbies* organizados por Crawford y otros demócratas. La política energética, por ejemplo, ha sido uno de los temas más destacados por el partido, y la senadora Barbara Boxer (nueva presidenta del Comité de Medio Ambiente y Trabajos Públicos) ha organizado una amplia coalición de ecologistas en torno a la regulación de las emisiones y del consumo de los automóviles. Pero como el periodista Richard Simon informaba recientemente en *Los Angeles Times*, los fabricantes de coches de Detroit y la gente del petróleo de Texas están sorprendentemente poco preocupados. Según dice un dirigente de la Asociación Nacional de Petroquímicas y Refinerías, «confiamos en que haya suficientes demócratas que nos conozcan y nos comprendan»³⁵.

Los «demócratas comprensivos» en el 110º Congreso incluirán a senadores de Estados exportadores de energía, como Mary Landrieu (Luisiana) y Jeff Bingaman (Nuevo México), así como al poderoso presidente del Comité del Energía del Congreso, John Dingell (Michigan), quienes lucharán para defender hasta la última molécula de dióxido de carbono emitida por un Ford Explorer o un Chevy Suburban. Nancy Pelosi podría retirar a la industria petrolífera algunas de las ventajas fiscales más escandalosas, pero Barbara Boxer nunca atacará realmente el problema ni reducirá la dependencia del petróleo extranjero. Aunque haya millones de personas aterradas por la «verdad incomoda» del calentamiento global, siempre habrá demócratas dispuestos a impedir cualquier reducción sobre las emisiones de gases responsables del efecto invernadero o que votarán a favor de mantener las prerrogativas especiales de la industria del petróleo.

IV. DÉFICITS Y GESTIÓN PARTIDISTA DE LOS DESEQUILIBRIOS

A diferencia de la mayoría de los sistemas parlamentarios europeos, el sistema de partidos estadounidense esta «nacionalizado» tan solo en parte, y los programas regionales y locales adquieren un relieve excepcional en el funcionamiento del Congreso. Las elecciones de 2006 lo han puesto de manifiesto de forma espectacular: al margen de que el electorado se haya desplazado hacia la izquierda o no, el peso del Congreso se ha trasladado a los Estados azules de las costas. Texas, Florida, Virginia y Georgia (cuyos distritos fueron pilares estratégicos de la revolución republicana de

³⁴ Dunham y Javer, «Politics of Change».

³⁵ Richard Simon, «Green laws no slam-dunk in new Congress», *Los Angeles Times*, 18 de diciembre de 2006.

1994) se han quedado fuera, mientras han entrado California y Nueva York (los parias de la era Bush). O para ser más precisos, los demócratas que representan al triángulo de oro de Wall Street, Hollywood y Silicon Valley, dominan ahora el Congreso.

Aunque California y Nueva York (junto con Massachussets y Washington) dominan la investigación y las exportaciones tecnológicas estadounidenses, la industria del espectáculo y los servicios financieros, se han convertido en los principales recaudadores para las políticas redistributivas republicanas desde 1994. California tal vez sea el caso extremo. Durante cincuenta años, desde los suministros a los aliados en 1940, hasta la caída del muro de Berlín, la industria aeroespacial y electrónica de California ha recibido un flujo constante de dólares procedentes de Defensa. Desde 1990 al menos, los subsidios fiscales han cambiado de dirección y ahora California exporta sus impuestos federales hacia Estados mayoritariamente republicanos. Mientras antes California recibía 1,15 dólares en gasto federal por cada dólar que pagaba en impuestos, ahora recibe sólo 79 centavos. (La falta de equidad es peor que la que expresa la cuadro 5, ya que California y Nueva York son también los principales puertos de entrada para los nuevos inmigrantes y los servicios financieros que deberían estar bajo control federal.) En parte como resultado de este desequilibrio, la economía regional más tecnológicamente avanzada del mundo se apoya en infraestructuras escandalosamente deficientes desde el punto de vista material, social y educativo (en las escuelas primarias y secundarias principalmente).

Pero los demócratas tendrán que luchar contra sí mismos, no sólo contra los republicanos, si quieren dar la vuelta al relativo declive del gasto federal, sobre todo en las ciudades envejecidas de los Estados más libera-

Cuadro 5. Relación gasto federal/impuestos

Estados republicanos		Estados demócratas	
Texas	1,00	California	0,79
Florida	0,98	Nueva York	0,80
Virginia	1,59	Illinois	0,72
Georgia	0,96	Massachussets	0,79
Arizona	1,23	Connecticut	0,67
Alabama	1,68	Minnesota	0,69
Carolina del Norte	1,08	Wisconsin	0,83
Carolina del Sur	1,36	Michigan	0,86
Kentucky	1,51	Oregon	0,99
Alaska	1,90	Washington	0,91

Fuente. «State Blaming Washington for Budget Woes», *Los Angeles Times*, 15 de febrero 2005.

les. Aunque el nuevo liderazgo en el Congreso, especialmente Pelosi y Clinton, ha sido muy beligerante para hacer frente a las necesidades de sus propios distritos y Estados, ha dejado al partido con las manos atadas por un compromiso que venera la reducción del déficit y la frugalidad fiscal. Aunque Iraq y la corrupción política eran las cuestiones más importantes para los votantes, el antiguo grito de guerra de los republicanos, «la responsabilidad fiscal» fue el eje central del programa demócrata de la «Nueva Dirección para América».

A pesar de las voces en *The Nation* y otros medios afirmando que los demócratas están canalizando ahora su «populismo interno», el partido sigue haciendo un ferviente énfasis sobre la disciplina presupuestaria, antes que sobre el gasto público, similar al que caracterizó el reinado del ex presidente de Goldman Sachs, Robert Rubin, como secretario del Tesoro de Clinton. En la práctica, esto no sólo se traduce en la renuncia demócrata a asumir nuevos gastos, sino en la negativa a debatir la vuelta atrás de los cien mil millones de dólares en beneficios fiscales que disfrutaban los sectores acomodados. «Gravar y gastar, gravar y gastar, gravar y gastar», decía el senador Kent Conrad, presidente del Comité Presupuestario, a *The New York Times*, «no vamos a entrar en eso»³⁶. El presidente puede entregar el Tesoro a los más ricos e incurrir en deudas colosales mientras invade el mundo, pero los demócratas han jurado pleitesía a un modelo antikeynesiano que habría avergonzado al propio Calvin Coolidge.

De hecho «los partidarios más rabiosos del equilibrio presupuestario» (ésta es la descripción oficial de su página web) son los Blue Dogs, que como indicábamos anteriormente son demócratas conservadores. Reclutados principalmente en ciudades pequeñas en rápido crecimiento como Merced, Tallahassee y Hot Springs, los Blue Dogs cultivan una imagen más tradicional y popular en contraste con la imagen sofisticada de los Nuevos Demócratas, que tienden a representar a los distritos más ricos de Connecticut y California. Aunque comparten la dura doctrina de los Nuevos Demócratas del DLC, son menos favorables a las subvenciones y a los acuerdos de libre comercio. La verdadera intención de los Blue Dogs es su oposición demagógica a los gastos sociales y especialmente a la ayuda federal a las grandes ciudades de mayoría negra y latina. Con 44 miembros y numerosos aliados en el lado republicano, los Blue Dogs pretenden detener el gasto en el próximo Congreso mientras reúnen votos para una enmienda constitucional que exija un presupuesto federal anual equilibrado³⁷. Uno de sus principales aliados, John Spratt de Carolina del Sur, será presidente del Comité de Presupuestos del Congreso, y con la bendición de Pelosi el principal promotor en el partido de la austeridad presupuestaria³⁸.

³⁶ Edmund Andrews, «The Democrats Cautious Tiptoe Around the President's Tax Cuts», *The New York Times*, 4 de enero de 2007.

³⁷ Blue Dog Coalition, «12-Point Reform Plan for Curing Our Nation's Addiction to Deficit Spending», en www.bluedogdemocrat.org.

³⁸ «Democrats to Watch».

La dirección del Partido Demócrata, atemorizada por las repercusiones económicas y electorales que tendría la reforma del actual sistema fiscal y controlada de cerca por los Blue Dogs, prefiere que sean los déficits republicanos y los recortes presupuestarios los que dicten la política demócrata. Karl Rove pretende exactamente eso y en el día de año nuevo, Bush invitó a los demócratas a unirse a él para equilibrar el presupuesto, «un objetivo que les ataría las manos», dejándoles «con poco o ningún espacio de maniobra para sus prioridades en el Congreso»³⁹.

V. NUEVA ORLEÁNS CONTRA SILICON VALLEY

La intención de los líderes demócratas de anteponer el equilibrio presupuestario a las necesidades humanas refleja en parte el equilibrio de poder dentro del partido, donde los Blue Dogs (solos o combinados con los Nuevos Demócratas) reclaman ahora un verdadero poder de veto sobre la nueva legislación. Fue seguramente esta presión por parte de sector conservador la que condujo a los estrategas del Congreso, bajo el mando del representante de Illinois Rahm Emanuel, a omitir deliberadamente cualquier mención a Nueva Orleans en la publicidad de la campaña de 2006⁴⁰.

El destino de Nueva Orleans es una de las grandes tragedias morales de la historia estadounidense moderna, pero la mayoría de los demócratas se negaron desvergonzadamente a cuestionar durante la campaña la respuesta federal al huracán Katrina o la posterior limpieza étnica de la Costa del Golfo. Aunque el propio presidente Bush declaró en su discurso de Jackson Square que «tenemos el deber de enfrentarnos a esta pobreza [revelada por el Katrina] con acciones decididas», los demócratas no han mostrado mayor sentido del «deber» ni capacidad para «acciones decididas» que la evidente hipocresía e incompetencia de la Casa Blanca. Sus prioridades quedaron de manifiesto en la plataforma nacional de noviembre que subrayaba el déficit y el envío de más tropas pero no mencionaba ni el Katrina ni la pobreza.

Incluso el Comité Negro, con algunas excepciones, ha sido sorprendentemente reacio a responder a una incesante serie de provocaciones por parte de la Administración de Bush (incluyendo la más reciente de demoler 4.000 unidades de viviendas sociales poco dañadas en Nueva Orleans y cortar de golpe las ayudas a la vivienda de miles de refugiados del Katrina fuera de la ciudad). Aunque Rangel de Harlem ha prometido nuevas sesiones en el Congreso sobre la pobreza a la luz de la catástrofe de Nueva Orleans, es poco probable que llegue a desafiar el fetiche de la reducción del déficit. Será más fácil seguir culpando a la política republicana

³⁹ Joel Havemann, «Bush wants budget balanced by 2012», *Los Angeles Times*, 4 de enero de 2007.

⁴⁰ «It's as if this year, Katrina was the subliminal issue», Michael Tisserand, «The Katrina Factor», *The Nation*, 1 de enero de 2007.

(mercidamente, por supuesto) antes que recortar los beneficios fiscales de los ricos que podrían financiar los nuevos gastos sociales.

Pero Nancy, Harry y Hillary sí tienen una cruzada interna cuya importancia trasciende otros dogmas y limitaciones: la promoción del «programa de innovación» con el que los demócratas esperan ampliar su apoyo en todo el país entre las corporaciones de alta tecnología y las empresas cuya actividad tiene un alto componente científico. Si alguien echaba en falta la urgencia y pasión que los demócratas debieron haber centrado en el Katrina y en la pobreza urbana, podrá encontrarlas en los encendidos discursos que dedicaron a reductos tecnológicos como Emeryville, Mountain View, Raleigh y Redmond.

El programa de innovación es una «verdadera» prioridad demócrata, a diferencia de la retirada de tropas de Iraq o la reconstrucción de vidas y hogares en Nueva Orleans. Directivos de industrias tecnológicas como Cisco y Genetech, molestos con la negativa republicana a renovar los importantes beneficios fiscales de investigación y desarrollo de las empresas de Silicon Valley, colaboraron con Pelosi y sus colegas del Área de la Bahía de San Francisco para desarrollar una serie de demandas, incluida nuevas normas de contabilidad de las *stock options*, créditos actividades continuadas de I+D, reformas de patentes, subsidios para energías alternativas, fondos para la National Science Foundation, y una «neutralidad de red» para Internet, que los demócratas han prometido aprobar en 2007⁴¹. Los demócratas también han apoyado el programa que mantiene Silicon Valley a flote con ingenieros extranjeros baratos, la mayoría de los cuales no tienen derecho a sindicarse ni a organizarse⁴².

El ávido interés de los demócratas por las patentes y la innovación fue puntualmente recompensado con un 50 por 100 de aumento, respecto a 2004, de las contribuciones electorales procedentes de las industrias de alta tecnología⁴³. Al mismo tiempo, según el Centro de Respuestas Políticas, mientras en 2000 los fondos republicanos procedentes de Silicon Valley «eran del 43 por 100, el porcentaje ha caído en la actualidad al 4 por 100»⁴⁴. Desde los primeros días de la Administración de Clinton, la seducción de los sectores de software y biotecnología y sus aliados (junto con la profundización de los ya importantes vínculos con la industria del cine y el espectáculo) han sido el equivalente demócrata al proyecto republicano de la calle K⁴⁵. Ahora que Al Gore está en el consejo de Google y

⁴¹ Jim Puzanghera, «Pelosi likely to speak up for tech industry», *Los Angeles Times*, 13 de noviembre de 2006.

⁴² David Bacon, «Immigrants Find Hi-Tech Servitude in Silicon Valley», *Labor Notes* (septiembre 2000).

⁴³ J. Puzanghera, «Pelosi likely to speak up for tech industry», cit.

⁴⁴ El director de comunicaciones de CPR, Massie Ritsch en uno de los comunicados del «Technological Daily» de *National Journal* (agosto 2006).

⁴⁵ Véase Sara Miles, *How to Hack a Party Line. The Democrats and Silicon Valley*, ed.? Nueva York, 2001.

Apple y que Pelosi diseña futuros virtuales con los fundadores de Google, Larry Page y Sergey Brin, el Milenio ha llegado. De hecho, con el ascenso de demócratas del Área de la Bahía de San Francisco a posiciones de control en el Congreso, Nueva Orleans puede seguir pudriéndose en la miseria, pero Silicon Valley y sus allegados pueden tratar como iguales a los petroleros y a los contratistas de defensa que todavía están parapetados en la Casa Blanca.

VI. OSCURO POPULISMO

Los demócratas, como señala frecuentemente Thomas Edsall, representan dos universos de población muy diferentes y en gran parte incompatibles. Dos de cada cinco votantes demócratas se ajustan al estereotipo de «profesional liberal con buena educación y acomodado», pero el resto de la base del partido son personas «con desventajas sociales y económicas»: clases trabajadoras negras e hispanas, mujeres empleadas en los sectores laborales más humildes y hombres blancos con empleos industriales tradicionales pero en rápido declive⁴⁶. El partido pos *New Deal* liderado por los Clinton se ha movilizado por completo para articular y defender los intereses de los trabajadores acomodados, de los universitarios y de las industrias globales en las que éstos trabajan; el resto de los demócratas viaja en la parte de atrás del autobús bajo la cínica asunción de que los negros, los inmigrantes y los blancos pobres no tienen otro sitio a donde ir y que, por lo tanto, son votos demócratas automáticos.

Desde el auge y caída de la estimulante campaña de la «Coalición Arcoiris» de Jesse Jackson en 1984, no ha habido ningún desafío serio a la hegemonía de los Nuevos Demócratas y a su ideología de la «Tercera Vía», que propugna el neoliberalismo económico y la tolerancia cultural. Sin embargo, el sueño de una nueva rebelión populista y *antiyuppie*, alimentada por la justificada ira de los sectores trabajadores y basada en la olvidada mayoría del partido, ha continuado inspirando a progresistas y veteranos de la Coalición Arcoiris a medida que sufrían bajo el yugo arrogante de los centristas y partidarios de la globalización económica del DLC.

Así, pocos días después de su asombrosa victoria sobre George Allen en Virginia, el senador demócrata James Webb publicó un artículo en *The Wall Street Journal* bajo el provocativo título de «Lucha de clases». Webb, que fue secretario de la Marina bajo Ronald Reagan, advertía que una «creciente división» de carácter socioeconómico estaba hundiendo de nuevo a Estados Unidos en «un sistema de clases como el que no habíamos conocido desde el siglo XIX». Mientras los salarios se colapsan y la seguri-

⁴⁶ Thomas Edsall, *National Journal*, 23 de septiembre 2006. Utiliza datos del Pew Research Center para caracterizar al electorado demócrata.

dad social declina, la atención de los trabajadores estadounidense se desvía hacia históricas campañas cuidadosamente orquestadas sobre «dioses, armas, homosexuales, abortos y banderas». El ex dirigente republicano advertía que «las políticas de la era de Karl Rove fueron diseñadas para distraer y dividir a la gente que de otra manera se rebelaría contra el deterioro de su nivel de vida»⁴⁷.

La columna de Webb asombró como era de esperar a muchos lectores de *The Wall Street Journal* pero encantó a los progresistas, quienes reconocieron que estaba citando casi textualmente el libro de Tom Frank, *What's the matter with Kansas?* y respaldando su llamada a los demócratas para recuperar el manto del populismo económico. Webb mantenía que la victoria demócrata daría «una oportunidad a los trabajadores estadounidense para que su voz [por fin] pueda ser escuchada» con sus legítimas quejas sobre el coste del libre comercio y la exportación de empleos. «Y nuestros gobernantes –decía– no tienen deber más importante que el de confrontar la creciente injusticia de esta era de globalización».

¿Fuegos artificiales o manifiesto para el levantamiento tanto tiempo esperado? Unas semanas después en *The Nation*, Christopher Hayes afirmaba que la nueva preocupación de Webb por la clase trabajadora víctima de la globalización era parte de una genuina tendencia populista dentro del Partido Demócrata, cuyos portaestandartes incluían también al congresista Heath Shuler de Carolina del Norte y al senador Sherrod Brown de Ohio⁴⁸. Ciertamente sus llamamientos al patriotismo económico (Schuler acusó a su oponente republicano al Congreso de «vender a las familias americanas») y sus estridentes denuncias del «internacionalismo» y «el libre comercio» encendieron verdaderas chispas en las ciudades textiles de Carolina y Virginia y en los condados de los Apalaches en Ohio, donde industrias enteras han desaparecido durante la última década. En 2004, John Kerry perdió en las montañas (incluyendo en la tradicionalmente demócrata Virginia occidental) porque no tenía prácticamente nada que decir sobre la crisis de empleo en la región; en esta ocasión los demócratas emplearon demagogia de primera clase con un lenguaje local.

Pero como el propio Hayes subraya con énfasis, «el populismo económico tiene un lado oscuro», y admite que otros analistas

[...] han despertado el espectro del alzamiento del ala del partido tipo Lou Dobbs cuyos argumentos económicos están unidos al nacionalismo racial, el tipo de populismo que se siente igual de cómodo denostando a las grandes empresas como a los «extranjeros ilegales» que roban los empleos de los estadounidenses en su propia casa, y cuya oposición a la guerra

⁴⁷ James Webb, «Class Struggle: American workers have a chance to be heard», *The Wall Street Journal*, 15 de noviembre de 2006.

⁴⁸ Ch. Hayes, «The New Democratic Populism», cit.

de Iraq está basada, como la de Pat Buchanan, en un aislamiento de Estados Unidos que antepone su bienestar a cualquier otra consideración.

Aunque Hayes prefiere creer en la tendencia progresista de personajes como Shuler y Webb, creo que está más acertado cuando compara su política con demagogos racistas como Dobbs y Buchanan⁴⁹.

Una lectura atenta del artículo «Lucha de clases» de Webb, por ejemplo, revela precisamente su creencia de que los jardineros mexicanos y los banqueros inversores explotan por igual a la clase nativa trabajadora y que hay una «extensa reserva de mano de obra procedente de la inmigración ilegal» que está a la espera de ahogar los valores y los salarios estadounidenses. Un extraño párrafo que hace una insinuación implícita sobre «ciertos grupo inmigrantes que tienen la “genética adecuada” y que, por lo tanto, se sitúan naturalmente como candidatos para acceder a la “clase superior”» puede interpretarse como una referencia a las fantasías sobre el peligro amarillo que pueblan los discursos de Webb. Como Secretario de la Marina fue uno de los principales valedores de la continuidad de la Guerra Fría con China, a quien después vio desarrollando un «eje estratégico con el mundo musulmán», y se alejó de la política de Bush en Iraq precisamente porque creía que Rumsfeld estaba fortaleciendo de manera criminal a los verdaderos enemigos: Irán y China⁵⁰.

Heath Shuler, la antigua estrella deportiva de los Washington Redskins, también dirige apasionadas diatribas contra la Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y la exportación de trabajos fuera de la patria. Pero al igual que Webb, su mensaje populista está envenenado por un racismo que incluye anuncios en televisión que presentan a Shuler como un héroe solitario que lucha contra la amnistía para los inmigrantes ilegales. Ezra Klein en *American Prospect* mantenía hace poco que los liberales no deberían preocuparse excesivamente por las salidas de tono de Webb y Shuler o por sus posturas reaccionarias sobre los homosexuales y el aborto. «En un Congreso dominado por los demócratas, tienen pocas posibilidades de practicar su conservadurismo social. Sus posturas económicas, sin embargo, tendrán más eco cuando el Congreso, finalmente, dedique su atención a temas como la salud pública, el empleo, la desigualdad, las normas corporativas y demás asuntos nacionales que a los demócratas tanto les gusta debatir»⁵¹.

⁴⁹ *Ibid.* Dejo aparte para una discusión posterior la emergente campaña presidencial de John Edwards, quien en un intento de superar a Hillary por la izquierda, parece haberse comprometido con un progresismo más sólido y auténtico que el falso populismo que decepcionó a sus seguidores en 2004. Para una interesante introducción, Véase Perry Bacon, «The Anti-Clinton», *Time*, 15 de enero 2007.

⁵⁰ James Webb, «What to do about China?», *The New York Times*, 15 de junio 1998; y «Heading for Trouble», *The Washington Post*, 4 de septiembre 2002.

⁵¹ E. Klein, «Spinned Right», cit.

Al margen de las heroicas suposiciones de Klein sobre las intenciones reformistas de los demócratas, su discurso subestima gravemente los peligros que supone el nacionalismo económico dentro de las filas demócratas. Por su parte Karl Rove y la Casa Blanca, fueron ampliamente sorprendidos el año pasado por la explosión de histeria contra los inmigrantes dentro de las bases conservadoras, y los editores de *The American Prospect* (la revista de los «demócratas progresistas») podrían lamentar la infravaloración de la xenofobia dentro de su propio partido. Al menos la mitad de los 30 escaños que los demócratas arrebataron a los republicanos fueron ocupados por candidatos con posturas conservadoras sobre inmigración. Es más, a lo largo de todo el sur y el medio oeste, los demócratas atacaron a los republicanos por ser demasiado «suaves con la inmigración ilegal», y una página web del comité de campaña demócrata llegó a superponer imágenes de personas escalando vallas fronterizas con retratos de Bin Laden y Kim Jong II. Los Blue Dogs en particular, son fieros defensores de un muro de escala continental y del uso de la policía local para reforzar las leyes nacionales de inmigración⁵².

En el nuevo Congreso será interesante ver hasta dónde llegan los Webb y los Shulers con sus «ataques proletarios» contra unos principios del libre comercio que son sagrados tanto para los Nuevos Demócratas como para los clintonianos. (Mi intuición es que las ocultas heridas de clase serán más llevaderas una vez que hayan mantenido algunas cálidas conversaciones con los ricos representantes de los parques del Triángulo de Investigación y los círculos influyentes de Washington). Por otro lado, hay muchas posibilidades de que los aspectos xenófobos y antiinmigrantes de su populismo sean amplificadas por la sinergia con republicanos de ideas similares. Los demócratas podrán congratularse de momento con la auto-destrucción de la estrategia «latina» de los republicanos, pero no son inmunes a los mismos demonios en su propio partido. En el peor escenario posible, el tan esperado Nuevo Populismo se convertiría simplemente en una rampa de lanzamiento de los intolerantes de ambos partidos, mientras la dirección demócrata continuará siguiendo los dictados de Goldman Sachs y Genentech.

⁵² Brian Friel, «Splits of Their Own», *National Journal*, 9 de septiembre 2006.